

EL ENRAIZAMIENTO. CIVILIZACIÓN Y BARBARIE EN SIMONE WEIL

CARMEN HERRANDO CUGOTA
Universidad San Jorge (Zaragoza)

RESUMEN: El tiempo en que vivimos, y Europa en él, pasa por una crisis de civilización muy similar a la que se gestó en Europa en el periodo de entreguerras, en la primera mitad del siglo XX. La filósofa francesa Simone Weil (1909-1943) pensó y escribió sobre este tema en varios de sus escritos políticos, y da claves para, desde su propia experiencia social, política y religiosa, edificar una nueva civilización; lo hace sobre todo en su último libro, que dejaría inacabado en plena guerra, cuando le sobrevino la muerte. Se trata de *L'Enracinement*, calificado por el escritor Albert Camus como un verdadero «tratado de civilización». Pero la reflexión sobre este tema se extiende a toda su obra, que es un ejemplo de auténtica probidad intelectual.

PALABRAS CLAVE: civilización; arraigo; mística; política; fuerza; trabajo.

Rootedness. Civilization and Barbarism in Simone Weil

ABSTRACT: We are currently undergoing a Civilization crisis similar to the one that took place in Europe during the interwar period on the first half of the XX century. The French philosopher Simone Weil (1909-1943) figured and addressed this issue on several texts, offering some clues on how to build a new Civilization from her own social, political and religious experience. It is particularly relevant her last and unfinished book: *L'Enracinement*, branded by Albert Camus as a real «Treaty of Civilization». But her reflection about this issue extends throughout her entire work, an example of authentic intellectual probity.

KEY WORDS: Civilization; Rootedness; Mystic; Politics; Force; Work.

1. ¿POR QUÉ SIMONE WEIL?

Porque es una de las voces inteligentes que claman ante el desastre de la Europa de los años treinta, y reflexiona admirablemente sobre ello a lo largo de su vida breve y especialmente en la misión que se le encomienda en Londres, en 1943, en plena guerra, cuando se acoge a las órdenes de la organización *France libre* (de la que dimitirá poco más adelante, en días próximos al de su muerte). Ella, Emmanuel Mounier, y otros pensadores que asistieron a aquel desastre (C. S. Lewis publicaba *La abolición del hombre* por las mismas fechas) dieron claves, propusieron soluciones: Mounier, la rehabilitación de la persona; Lewis, la consideración de un código ético común que denomina *Tao*; Simone Weil, un programa de conversión moral y una espiritualidad concebida en torno al trabajo. Claves y soluciones que hoy tendrían que encontrar su eco, aunque los vertiginosos cambios sociales a los que asistimos estén provocando bastante escepticismo y en algunos hasta una suerte de desesperación.

Las dos obras más destacadas del pensamiento político de Simone Weil son *Réflexions sur les causes de la liberté et de l'oppression sociale* y *L'Enracinement*. Pero no son las únicas, pues en muchos escritos suyos y en artículos sencillos publicados en revistas de reflexión política hallamos también verdaderos tesoros.

En el año que precede a la guerra, en «Reflexiones sobre la barbarie», Simone Weil detecta que muchas personas pensaban que, por efecto del gran poder de la técnica o por una suerte de decadencia moral, se estaba entrando en un periodo de mayor barbarie, en comparación con otros momentos históricos. Sin embargo, ella no creía que fuese así; lo argumenta diciendo que «para vencerse de ello, bastaba con abrir cualquier texto antiguo: la Biblia, Homero, César, Plutarco...». Aunque también le parecía que la creencia contraria, la de que se estaba dando una disminución progresiva de la barbarie en la humanidad llamada civilizada, tan extendida desde finales del siglo XIX hasta 1914, era otra falsedad. Simone Weil estaba convencida de que la barbarie forma parte de la naturaleza humana, y que se desarrolla en función de las circunstancias, que son las que le dan o le quitan juego¹. Y añadía esta observación sobre la condición humana: «Siempre se es bárbaro hacia los débiles. O, al menos, para no negar el poder de la virtud, se podría decir que, salvo al precio de un esfuerzo de generosidad —que es tan rara como el genio—, siempre somos bárbaros con los débiles»².

Volviendo a las obras citadas, la primera [*Réflexions sur les causes de la liberté et de l'oppression sociale*] la escribe en 1934, tras pedir una excedencia en la Administración —era profesora de Filosofía, profesora de secundaria diríamos hoy— con la excusa de emprender una tesis doctoral, y justo antes de iniciar una experiencia de trabajo como obrera que duraría casi un año; no vería publicado este texto, que ella consideraba «su gran obra». A raíz de leer esta y otras reflexiones, el disidente comunista Boris Souvarine afirmaría que Simone Weil era «el único cerebro que ha tenido el movimiento obrero en muchos años»³. De la segunda obra, *L'Enracinement*, que dejó inacabada en Londres, su editor, el escritor y premio Nobel Albert Camus, dijo que se trata de un auténtico *tratado de civilización*. Antes de ir a recoger el Premio Nobel, Camus visitó a los padres de Simone Weil y pasó un buen rato retirado en la que fuera en su día la habitación de la filósofa.

Nacida en el seno de una familia judía⁴, Simone Weil abandonó la Francia ocupada en 1940 para desplazarse con sus padres hacia el sur (salieron «con lo puesto» un 13 de junio, día en que París era declarada ciudad abierta, y tras pasar por otras ciudades se instalaron en Marsella en septiembre de 1940); a orillas del Mediterráneo vivieron casi dos años muy fecundos para Simone Weil, tanto en encuentros como en pensamiento (colaboró en los prestigiosos *Cahiers du Sud*, así como en *Cahiers de Témoignage Chrétien*, que jugaron un

¹ WEIL, S., «Réflexions sur la barbarie», en *Œuvres complètes*, II (Écrits historiques et politiques), vol. 3, Gallimard, París, 1989, pp. 222-223.

² *Ibid.*, p. 223.

³ PÉTREMENT, S., *La vie de Simone Weil*, Fayard, París, 1997², p. 257.

⁴ Simone Weil vivió una extraña relación con el judaísmo; sus padres no practicaron la religión de sus mayores y ella nunca comprendió del todo qué significaba aquello de ser judía... Para un estudio riguroso del tema, puede verse: CHENAVIER, R., *Simone Weil, une juive antisémite? Éteindre les polémiques*, Gallimard, París, 2021.

papel importante en la resistencia). La familia Weil se embarcaba rumbo a América en mayo de 1942; pudieron salir de Francia porque el hermano de Simone Weil, André, matemático de prestigio, había conseguido visados para ellos desde el nuevo continente. Simone Weil quiso acompañar a sus padres, pero partió con el alma destrozada e invadida por un sentimiento doloroso de traición a su patria, con conciencia de que huía de una guerra atroz, ante la que pasó de tener una postura pacifista a ver con claridad la urgencia del combate para derrotar a Hitler. Tanto fue así, que hasta llegó a idear un cuerpo de enfermeras que atendiesen a los heridos en primera línea de fuego, porque a toda costa quería hacer algo por los combatientes (ella habría sido la primera en formar parte de dicho grupo, la primera que habría estado en primera línea de fuego). Este proyecto contó mucho para la autora, y lo propondría sin descanso en Marsella, y, después, en América, donde lo sometió con insistencia y no sin cierto desasosiego a cuantas personas notables encontró allí.

Una vez sus padres estuvieron instalados en Nueva York, Simone Weil trató por todos los medios de regresar a Europa. Lo consiguió en noviembre del 42, embarcándose en un carguero suizo que la llevó a Inglaterra. Se quedaría en Londres, donde la dirección del Interior de *France Libre* la contrató como redactora. Sabían de su inteligencia y de su capacidad de pensamiento, y lo que le encargaron fue dejar por escrito su concepción de la Francia que habría que edificar tras la guerra. Es así como surgió la segunda gran obra indicada: *L'Enracinement* (traducida como *Echar raíces*). Consta de tres partes: la dedicada a las necesidades del alma, la que aborda el tema del desarraigo, y la parte consagrada al arraigo, entendido este como una de las principales necesidades del ser humano.

Las primeras palabras de este «tratado de civilización» —al decir de Camus—rezan así:

La noción de obligación está por encima de la de derecho, la cual le está subordinada y es relativa a ella. Un derecho no es eficaz por sí mismo, sino sólo por la obligación a la que corresponde; el cumplimiento efectivo de un derecho proviene no de quien lo posee, sino de los demás hombres, que se reconocen obligados a algo hacia él. La obligación es eficaz desde el momento en que se la reconoce. Aunque nadie reconociese una obligación, no por ello perdería esta la plenitud de su ser; mientras que un derecho no reconocido por nadie no representa gran cosa.⁵

Y poco más adelante:

Un hombre, considerado en sí mismo, sólo tiene deberes, entre los que se encuentran ciertos deberes hacia sí mismo. Los otros [hombres], considerados desde su punto de vista, sólo tienen derechos. Él, a su vez, tiene derechos cuando es considerado desde el punto de vista de los demás, quienes se reconocen con obligaciones hacia él.

⁵ WEIL, S., *L'Enracinement*, en *Œuvres complètes*, V (Écrits de New York et de Londres), vol. 2, Gallimard, Paris, 2013, p. 111. En español: *Echar raíces*, Trotta, Madrid, 1996.

Simone Weil invierte los términos acostumbrados entre la obligación y el derecho. Y reprochará a los hombres de 1789 no haber sido capaces de ver algo tan elemental. De ahí que *L'Enracinement* lleve como subtítulo *Preludio para una declaración de los deberes hacia el ser humano*, que fue el título que le dio la propia Simone Weil.

La autora presenta la noción de obligación como contraria a las de *constreñimiento, imposición o sujeción*, con las que se suele confundir; y subraya que si estas nociones —que son externas al hombre— encierran alguna necesidad de hecho, la noción de obligación alberga una necesidad de derecho, moral o política. La noción de *derecho* designa el conjunto de garantías que el individuo ha de exigir a la sociedad a la que pertenece, y es una noción heredada en buena parte de la Ilustración, concretamente de la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano de 1789. Pero, como se ha indicado, la noción de derecho sólo tiene sentido fundada sobre la de obligación, empezando por la misma lógica del lenguaje. Para que uno tenga derechos —viene a decir Simone Weil— es preciso que alguien reconozca en su corazón que tiene obligaciones hacia esa persona. Sin la noción de obligación, la de derecho queda desprovista incluso de su propia autonomía conceptual, igual que el concepto de tangente —es el ejemplo que pone la autora— solo se entiende en relación con la circunferencia o el círculo. Por la naturaleza del concepto de obligación, el objeto de esta sólo puede ser el ser humano; de ahí el carácter incondicionado de la obligación y la reflexión moral que descubre la obligación hacia los seres humanos como fundada sobre algo que no pertenece a este mundo; en tal obligación descubre Simone Weil un fondo de eternidad porque sólo es eterno el deber hacia los seres humanos, dado el destino eterno del hombre. Ese mismo destino hace que las personas tengamos una obligación esencial hacia nuestros semejantes, a quienes debemos respeto, y, más aún, respeto absoluto.

Llega así Simone Weil a concebir las necesidades del alma⁶, y lo hace reflexionando de la siguiente manera: la obligación primera hacia el otro es no dejarle pasar hambre [es una obligación eterna no dejar sufrir el hambre cuando se tiene ocasión de socorrerla]. Se fija aquí en la antigua sabiduría de los egipcios, de la que parte para elaborar la lista de necesidades del alma, equivalentes a las obligaciones hacia el ser humano. La atención, y muy especialmente la atención al otro [la atención es central en el pensamiento de Simone Weil], es la virtud que saca a la luz estas necesidades del alma, que surgen especialmente cuando se considera sin descanso el aspecto espiritual del hombre o, lo que viene a ser lo mismo, el destino eterno común a todos los seres humanos (la autora viene a recordarnos, como lo hizo tantas veces Cervantes, que tenemos un ánima).

Estas son las necesidades del alma:

- El *orden*, entendido como un tejido de relaciones sociales que permiten realizar las obligaciones principales antes que las secundarias.

⁶ STEFFENS, M., *Les Besoins de l'âme*, Folioplus philosophie, Paris, 2007, pp. 65-66.

- La *libertad*, que es la posibilidad real de elegir. Pero sabiendo que las normas han de emanar de una autoridad reconocida como propia.
- La *obediencia*, con dos vertientes: obedecer reglas establecidas y obedecer a seres humanos. Supone el consentimiento; nunca el servilismo.
- La *iniciativa* y la *responsabilidad*: cada persona ha de implicarse en su quehacer cotidiano y actuar a sabiendas de por qué y para qué obra como lo hace.
- La *igualdad* consiste en el reconocimiento público, general y efectivo, expresado a través de las instituciones y de las costumbres, por el que se respeta a todos los seres humanos igualmente (el respeto no tiene grados).
- La *jerarquía* consiste en cierta veneración (autoridad real) hacia los superiores jerárquicos, considerados estos en su aspecto simbólico, por lo que representan. Cada cual ha de estar en el lugar que ocupa y le corresponde.
- El *honor* tiene que ver con considerar al ser humano en su entorno social. Sólo el crimen puede desplazar a una persona de esa consideración social que merece.
- El *castigo* es necesario para el alma humana. Quien comete un crimen se sitúa fuera de las obligaciones eternas que lo ligan a los hombres, y sólo a través del castigo podrá ser reintegrado en esa red de obligaciones. Simone Weil condena con fuerza las conspiraciones del poder para lograr la impunidad.
- La *libertad de opinión* es una necesidad de la inteligencia. «Cuando la inteligencia no está a gusto, toda el alma está enferma», dice S. Weil.
- La *seguridad* viene a significar que el alma no puede quedar presa del miedo, porque el miedo es una suerte de parálisis del alma.
- El *riesgo* es un incentivo necesario en la vida humana; su ausencia provoca un anquilosamiento en el alma, parecido al que produce el miedo.
- La *propiedad privada* es necesaria porque sin ella queda el hombre como perdido y aislado. El hombre necesita rodearse de algunos objetos propios, que son como la prolongación de su propio cuerpo.
- La *propiedad colectiva* es una participación en un sentimiento real de pertenencia, que se da donde hay verdadera vida cívica.
- La *verdad* es la necesidad más sagrada de las que tiene el ser humano. Simone Weil persiguió la verdad «con toda el alma», tomando la expresión de Platón.
- El *arraigo* o enraizamiento es también una necesidad del alma, la primera de todas: «Un ser humano tiene una raíz por su participación real, activa y natural, en la existencia de una colectividad que conserva vivos ciertos tesoros del pasado y ciertos presentimientos para el futuro»⁷.
- ... y una necesidad que no figura en esta lista: la *alegría*. «La alegría es una necesidad esencial del alma. La falta de alegría, sea a causa de la desgracia

⁷ WEIL, S., *L'Enracinement*, op. cit., pp. 142-143.

o simplemente por aburrimiento, es un estado de enfermedad en el que se apagan la inteligencia, el valor y la generosidad. Es una asfixia. El pensamiento se alimenta de alegría».⁸

Para Simone Weil es evidente que las necesidades del alma no se pueden confundir con deseos, caprichos, fantasías o vicios⁹, pues su dinámica constituye realmente un alimento espiritual. Y destaca también factores destructivos a la hora de satisfacer estas necesidades del alma: el dinero es uno de los principales, pues siembra el «veneno de la desigualdad»¹⁰ allí donde se hace protagonista: «El dinero destruye las raíces allá donde entra, sustituyendo cualquier movimiento humano por el deseo de ganar. Y predomina por encima de cualquier otro motivo porque pide un esfuerzo de atención muy inferior»¹¹.

Tras esta primera parte sobre las necesidades del alma, en *L'Enracinement* trata Simone Weil el tema del desarraigo (fijándose sobre todo en el desarraigo de los obreros y de los campesinos) y, por último, aborda el enraizamiento o arraigo.

El desarraigo es de lejos la enfermedad más peligrosa de las sociedades humanas, pues se multiplica a sí mismo. En seres verdaderamente desarraigados solo hay dos comportamientos posibles: o caen en una inercia de alma que equivale casi a la muerte, como la mayoría de los esclavos en tiempo del Imperio Romano, o se lanzan a una actividad que los desarraiga aún más, muchas veces por los métodos más violentos.¹²

Un régimen político que se precie ha de procurar que los ciudadanos que de él participan tengan resueltas las necesidades del alma, pues si estas necesidades vitales no son satisfechas se tiende a caer en un estado de vida vegetativa similar al de la muerte. Por eso, para Simone Weil, la única política que conviene a los seres humanos es la que tenga en cuenta las necesidades del alma. Este es el núcleo de la reflexión de *L'Enracinement*. El contenido de este *tratado de civilización* podría quedar resumido en estas ideas:

- Cada ser humano alberga un deseo de bien absoluto que deja entrever lo sagrado que habita en él.
- La política nunca ha de concebirse como «técnica del poder», sino como servicio, y también como un arte inspirado que pertenece a la orientación esencial hacia el bien.
- En la civilización que hay que construir es preciso favorecer el cultivo del pensamiento y la vida espiritual, de manera que toda acción personal (y social, a partir de lo personal) puedan considerarse una suerte de puente hacia Dios.

⁸ WEIL, S., *Écrits de Londres et dernières lettres*, Gallimard, París, 1957, p. 168.

⁹ WEIL, S., *L'Enracinement*, *op. cit.*, p. 117.

¹⁰ *Ibid.*, p. 123.

¹¹ *Ibid.*, p. 144.

¹² *Ibid.*, p. 146.

Pero Simone Weil presenta cuatro obstáculos que impiden edificar con cierta validez una nueva civilización:

Nuestra concepción falsa de la grandeza; la degradación del sentimiento de justicia; nuestra idolatría del dinero; y la ausencia en nosotros de inspiración religiosa. Esto puede expresarse, sin ninguna duda, en primera persona del plural, pues dudamos que en el presente haya un solo ser humano sobre el globo terrestre que escape a esta cuádruple tara, y más dudoso aún que haya uno solo de raza blanca. Si hubiese algunos, como cabría esperar a pesar de todo, están escondidos.¹³

Las necesidades del alma son, así, una orientación bien distinta de la que plantearon los «hombres de 1789», quienes subrayan el derecho, sin tener en cuenta el fundamento de este en la obligación hacia los demás. Se trata, para Simone Weil, de un error radical. Y esto mismo reprochará a Jacques Maritain, con quien tendría un breve encuentro en Nueva York en 1942, y a quien llegó a escribir en tres ocasiones; leyó su libro *Droits de l'homme et loi naturelle*, y vio en él los mismos fallos que denunciaba en los hombres de la Ilustración, aunque hay que decir que Simone Weil quedó muy sorprendida y admirada ante el sentido natural de la amistad que halló en su compatriota.

Poco después de la publicación de *L'Enracinement*, gracias a la admiración de Albert Camus por este trabajo —Camus lo editó en la colección *Espoir* de la editorial Gallimard en 1949—, daría cuentas de él en *Esprit* Emmanuel Mounier: «Imposible imaginar un texto aparentemente menos político, un texto que induzca de forma más acuciante a reflexionar sobre lo que es *político* y lo que no lo es», escribía. Y añadía:

Con su viejo socialismo y su nuevo cristianismo apostados como francotiradores, [Simone Weil] repetía a nuestros representantes, entretenidos en las intrigas clásicas del poder: No hay más que dos criterios de elección, sólo dos: uno, que el bien esté siempre por encima de la utilidad; el otro, que «lo que está espiritualmente bien está bien bajo cualquier concepto, bajo cualquier relación, en cualquier tiempo, en cualquier lugar y en todas las circunstancias».

Mounier decía, por último:

Simone Weil descubre su juego de golpe, sin timidez, sin precauciones. ¿Se pretende ser eficaz? ¿Se persigue hacer historia? Entonces, no preguntemos en primer lugar a las relaciones de fuerza, a las coyunturas, al movimiento de la historia —ese gran aparato que sirve para apartar del espíritu las ilusiones, y que por una suerte de hipnosis llega a separar al hombre de la acción y a la responsabilidad del hombre—. Preguntémosnos primero cuáles son nuestras obligaciones y cómo hay que respetarlas. Preguntémosnos ante todo por lo eterno, para desde ahí ordenar lo temporal.¹⁴

¹³ *Ibíd.*, p. 287.

¹⁴ Ambos pasajes de Mounier citados en: HERRANDO, C., «*L'Enracinement* en la crítica literaria. Camus, Mounier, Eliot», en *Ápeiron*, n.º 5, octubre 2016, p. 128.

Mounier admira en Simone Weil su permanente remisión a lo eterno que habita en el hondón del ser humano, así como su insistencia en señalar una y otra vez que es preciso que «cualquier ejercicio de poder de la colectividad sobre los individuos quede limitado por lo sagrado»¹⁵. Esta idea de la tiranía de la colectividad es central también en la citada obra de juventud: *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*.

Una idea que da luz sobre el tema de la civilización es este pensamiento que figura en sus «Reflexiones contra la barbarie»: «nada es más peligroso que la fe en una raza, en una nación, en una clase social o en un partido»¹⁶. En un grupo humano, en definitiva. Pues cuando un grupo humano se cree engendradora o portadora de civilización, esta misma creencia le lleva a caer, y en la primera ocasión que se le presente actuará como un bárbaro.

Simone Weil denuncia la fe desmedida en el progreso, que impide ver la barbarie generada en nuestras propias sociedades llamadas progresistas. Y carga contra el «ídolo social», especialmente en sus *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, donde critica lo social como objeto de culto. Esto la llevará a condenar la imaginación, que considera una forma degradada del pensamiento, sobre todo cuando es colectiva, convencida como está de que a la imaginación siguen la confusión mental y la pasividad. «Si hay algo en el mundo —escribe con sólo 25 años—, algo absolutamente abstracto, absolutamente misterioso e inaccesible a los sentidos y al pensamiento, eso es la colectividad»¹⁷, en la que casi siempre el individuo es como un juguete. La raíz de este pensamiento está precisamente en la imposibilidad del pensamiento por parte de las colectividades: la colectividad no puede pensar; sólo piensa la persona... Hay que decir al respecto que hoy constatamos la enorme y casi incuestionable presencia de lo social en nuestro mundo. Simone Weil se decantaría más bien por lo comunitario; el animal social la horrorizaba.

2. LA FUERZA

Para entender el pensamiento de Simone Weil, es esencial la noción de fuerza. Este tema lo trata admirablemente en *La Ilíada o el poema de la fuerza*, un texto capital cuya primera redacción data de 1937-1938, pero que no fue publicado hasta finales de 1940 en *Cahiers du Sud* (en dos entregas: diciembre de 1940 y enero de 1941), tras haber sido rechazado por la prestigiosa *Nouvelle revue française*.

Simone Weil está convencida de que no se puede lograr un pensamiento claro sobre las relaciones humanas sin tener en cuenta el papel que en ellas ejerce

¹⁵ WEIL, S., «Fragments et notes», en *Écrits de Londres*, *op. cit.*, p. 158.

¹⁶ WEIL, S., «Réflexions sur la barbarie», *op. cit.*, p. 223.

¹⁷ WEIL, S., «Réflexions sur les causes de la liberté et de l'oppression sociale», en *Œuvres complètes*, II (Écrits historiques et politiques), vol. 2, Gallimard, París, 1991, p. 83. Traducción en español: *Reflexiones sobre las causas de la libertad y la opresión social*, Madrid, Trotta, 2015.

permanentemente la fuerza¹⁸. Y asociándolo a la civilización, destaca que, en la medida en que en el proceso civilizador se van implantando nuevas relaciones de fuerza y desarrollando más mecanismos de dominación, como ha sucedido en tantos casos a lo largo de la historia, lo que se logra casi siempre es desarrollar mecanismos más complejos de barbarie.

En *La Ilíada o el poema de la fuerza*, Simone Weil define *fuerza* como «aquello que hace una cosa de quien le está sometido»¹⁹. Por su contenido y por el fondo de piedad sobre el que está configurado, este texto es el primero de los de la autora que tiene una inspiración religiosa²⁰. Luego vendrán muchos más. En él analiza el poema de Homero leyéndolo desde la clave de la fuerza, pero inspirándose en las vivencias humanas de sus protagonistas, aquellos griegos que aún estaban impregnados de la *pietas* antigua y desprendían por ello compasión hacia sus semejantes. La fuerza es para Simone Weil la verdadera protagonista del poema homérico. En las actitudes de fondo de aquellos hombres admirables, Simone Weil contempla la *némesis*, esa virtud griega que hoy se ha perdido casi del todo, aunque la autora repara en que subsiste aún en la noción oriental de *karma*, con la que presenta no pocas equivalencias. Además de la pérdida de esta virtud, Simone Weil denuncia formas inferiores de la fuerza, como el prestigio, constituido por la fuerza «al menos en sus tres cuartas partes», y hecho a base de la «soberbia indiferencia del fuerte hacia los débiles, una indiferencia tan contagiosa que se comunica a quienes son objeto de ella»²¹.

Repárese en el gran predicamento que tienen hoy en nuestras sociedades estos conceptos denostados por Simone Weil (prestigio, ambición, indiferencia hacia quienes no cuentan, protagonismo, presencia, poder, egoísmo...); se puede decir que están en el centro de esta civilización que se tambalea. Por eso, la autora, en la crisis civilizatoria de su tiempo, se fijará en los pueblos en los que se tenía presente el fondo sagrado de los seres humanos, y tornará su entendimiento y su esperanza hacia las «patrias perdidas», no para lamentar su inexistencia, sino para recuperar la esencia misma del hombre... Además de Grecia, estudiará y admirará la civilización occitana medieval, sofocada por una Inquisición creada para tal efecto, y aprenderá sánscrito para sumergirse en los grandes textos de las tradiciones de la India. Buscando esta inspiración para el presente de Europa, Simone Weil hace su diagnóstico del mundo, y llega a una conclusión radical: la de que el hombre sin Dios cae en la más terrible miseria. *La Ilíada* no representa, en realidad —dirá la filósofa, con ecos pascalianos—, sino la miseria del hombre sin Dios²².

¹⁸ WEIL, S., «Réflexions sur la barbarie», *op. cit.*, p. 223.

¹⁹ WEIL, S., «L'Iliade ou le poème de la force», en *Œuvres complètes*, II (Écrits historiques et politiques), vol. 3, Gallimard, París, 1989, p. 227.

²⁰ CANCIANI, D., *L'intelligence et l'amour. Réflexion religieuse et expérience mystique chez Simone Weil*, Beauchesne, París, 2000, p. 35.

²¹ WEIL, S., «L'Iliade ou le poème de la force», *op. cit.*, p. 240.

²² WEIL, S., «Cahier VI», *Œuvres complètes*, VI, vol. 2, Gallimard, París, 1997, p. 327.

La experiencia de la fuerza la vivió Simone Weil especialmente en su breve incursión en la guerra civil española. En la carta que escribió en 1938 al escritor Georges Bernanos, tras leer su libro sobre la guerra de España *Les grands cimetières sous la lune*, publicado en ese mismo año, Simone Weil escribe:

Quando se sabe que es posible matar sin arriesgarse a un castigo ni reprobación, se mata; o al menos se rodea de sonrisas alentadoras a aquellos que matan. Si por casualidad se experimenta primero cierto desagrado, se calla y pronto se lo sofoca, por miedo a parecer que se carece de virilidad. Hay ahí una incitación, una ebriedad, a la que es imposible resistirse sin una fuerza de ánimo que me parece excepcional, puesto que no la he encontrado en ninguna parte.²³

Y en otro lugar, también a propósito de España, puede leerse lo siguiente:

El contacto con la fuerza es hipnotizador: sumerge en el sueño [...]. Criterio: el miedo y el gusto de matar. Evitar uno y otro. ¿Cómo? En España, esto me parecía un esfuerzo que rompía el corazón y que no se podía sostener durante mucho tiempo.²⁴

3. LAS CIVILIZACIONES PERDIDAS

Lo que para Simone Weil le ha sucedido a Europa es que ha perdido su alma, y la prueba de ello es que ya no es capaz de gestar una obra poética de la envergadura de la de Homero, donde aparecen todas las formas posibles de amor, y sobre todo la virtud que se traduce en atención al otro y se expresa como auténtica compasión. Según la autora, nadie supo describir como Homero la integridad de aquellos protagonistas griegos, al ser sometidos a la fuerza que otros hombres manejaban. Y concluye que «solo es posible amar y ser justo si se conoce el imperio de la fuerza y si se sabe cómo no respetarlo»²⁵. Pero a Europa ya no le queda grandeza moral; ha perdido aquel genio que Simone Weil halla en las que fueron sus raíces griegas, porque, según ella, los griegos supieron establecer vínculos con lo sobrenatural, y esto se hace patente tanto en la arquitectura como en el arte, en la poesía o en la ciencia. De ahí que Simone Weil llegue a relacionar Grecia con el Evangelio, que viene a ser para ella la «última y maravillosa expresión del genio griego»²⁶. Sin embargo, este espíritu evangélico que aún le podría quedar a Europa se vería aplastado casi desde el principio por la influencia de Roma, sociedad despectiva con los extranjeros, los enemigos, los vencidos; pero también por la influencia

²³ WEIL, S., *Lettre à Georges Bernanos*, *Œuvres*, Gallimard, col. Quarto, París, 1999, p. 408.

²⁴ WEIL, S., «Cahier III», *Œuvres complètes*, VI, vol. 1, Gallimard, París, 1994, pp. 304-305.

²⁵ WEIL, S., «L'Iliade ou le poème de la force», *op. cit.*, 251.

²⁶ *Ibid.*

hebrea, pues los judíos veían en la desgracia la señal de su pecado... Simone Weil hace una interpretación muy particular de la influencia de Roma y de Israel en la civilización; no es posible entrar aquí a considerarla, ya que se trata de uno de los aspectos más controvertidos de su pensamiento, y requeriría un estudio aparte. Bastará con indicar que la autora pensaba que la Iglesia, por influencia de Roma, desfiguró el Evangelio; y esta fue una de las razones por las que no quiso bautizarse, a pesar de haberlo deseado profundamente; decía que su vocación la impelía a quedarse fuera de la Iglesia, a permanecer en el umbral²⁷.

Sobre esta admiración por Grecia, hay que destacar que Simone Weil buscaba asimismo inspiración en esta civilización en el campo de la ciencia. Se interesó sobremanera por las matemáticas y la física de su tiempo, muy a menudo en conversación con su hermano André, matemático de prestigio y miembro fundador del conocido grupo Bourbaki; pretendía seriamente refundar la ciencia en el espíritu de la verdad, como según ella hicieran también los griegos al abordar cuestiones relativas a la ciencia; todo ello, frente al utilitarismo y a la dependencia del poder por los que se caracterizaba la ciencia de su tiempo, y que no han hecho sino incrementarse en el momento presente²⁸.

Esta mirada a modelos del pasado es para Simone Weil un recurso esencial para recibir una nueva inspiración, porque, como hace ver Gilbert Kahn, «las condiciones de civilización permanecen idénticas»²⁹. Este autor muestra que en el pensamiento de la filósofa francesa se da un vínculo entre lo que pertenece al orden del bien y está en contacto con dicho orden —que no es otra cosa que la mística—, y las condiciones que van orientando a las sociedades, relacionadas en general con la política. De ahí que una verdadera civilización sea aquella que es capaz de crear unas condiciones de existencia que tengan en cuenta el destino eterno del hombre, y que, al mismo tiempo, debido a ese aspecto sobrenatural, logren orientarse hacia una convergencia entre mística y política. En este sentido, en Simone Weil, civilización no se opone tanto a barbarie (que ya se ha visto que es algo que considera permanente en la naturaleza humana) como a ciertas formas de baja civilización, y este sería para ella el caso de Roma. Así, la verdadera civilización tendría que llegar a ser un puente, una mediación, entre lo sobrenatural y este mundo.

²⁷ Véase «Autobiographie spirituelle», carta dirigida al dominico Joseph Marie Perrin en 1942, justo antes de emprender viaje a América: WEIL, S., *Attente de Dieu*, Fayard, París, 1966, pp. 35-62. En español, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid, 1993.

²⁸ Véase: WEIL, S., *Œuvres complètes*, IV, vol. I, *Écrits de Marseille (1940-1942): Philosophie, Science, Religion, Questions politiques et sociales*, Gallimard, París, 2008.

²⁹ KAHN, G., «La notion de civilisation chez Simone Weil», *Cahiers Simone Weil* VI/2 (junio 1983), p. 95. «La atención, dirigida a los modelos del pasado, permanece un recurso esencial para recibir una nueva inspiración, pues las condiciones fundamentales de la civilización permanecen idénticas».

Hoy día, la ciencia, la historia, la política, la organización del trabajo, incluso la religión [...], no ofrecen al pensamiento de los hombres más que la fuerza bruta. Tal es nuestra civilización.³⁰

A base de hondas intuiciones, y sobre todo por medio de una gran dedicación a desentrañar lo real a través del estudio y el cultivo del amor desde lo más hondo de su ser, Simone Weil asciende desde el razonamiento hasta la ética, la religión y la mística, frutos hermosos de una atención admirablemente cultivada y dirigida muy especialmente hacia los más desgraciados de este mundo. Elabora así toda una metafísica de la atención y de la gracia, que plasman bien estas palabras tan sugerentes escritas al final de su vida:

Sólo la luz que cae continuamente del cielo le proporciona a un árbol la energía que hunde profundamente en la tierra las poderosas raíces. En verdad, el árbol está enraizado en el cielo.³¹

4. UNA ESPIRITUALIDAD DEL TRABAJO

¿Qué solución da, entonces, Simone Weil al problema acuciante de la barbarie, gestado principalmente en civilizaciones «bajas» o cuando menos mediocres, como la nuestra? Como se acaba de indicar, la autora invita a beber la luz que procede del cielo, como alimento y fuente de energía para un árbol cuyas raíces estén bien hundidas en la tierra (importante subrayar esto último, entendiéndolo como arraigo en lo real; se trata de tomar la realidad como principal referente, sobre todo en el plano moral). Invita igualmente al pensamiento, siempre desde la atención; a un pensamiento que sólo puede llevarse a cabo desde la responsabilidad y el compromiso que brotan en la vida y se traducen también en vida (la coherencia de Simone Weil la llevó a «quemar» su vida, no en el sentido negativo, sino en el que quiere significar una vida entregada, ofrecida en un sacrificio en el que los protagonistas son los demás, y muy especialmente las víctimas del dolor y la desdicha).

En el terreno social —a menudo lo denomina «ciudad»—, invita a construir una política en la que se tengan en cuenta las «necesidades del alma», y donde se erijan instituciones que permitan «significar lo absoluto en este mundo»³². Pero una de las aportaciones más originales de Simone Weil es la que surge de su concepción del trabajo. Pretende, y llama a hacerlo así, elaborar una espiritualidad del trabajo.

Nuestra época tiene como misión propia, por vocación, la constitución de una civilización fundada sobre la espiritualidad del trabajo. [...] Esta

³⁰ WEIL, S., *L'Enracinement*, *op. cit.*, p. 358.

³¹ WEIL, S., «La personne et le sacré», *Écrits de New York et de Londres, Œuvres complètes*, V, vol. 1, Gallimard, París, 2019, p. 226.

³² CHENAUVIER, R., *Simone Weil. La atención a lo real*, Fundación E. Mounier (colección Persona n.º 49), Madrid, 1914, traducción de Alejandro del Río Herrmann, p. 66.

vocación es la única cosa lo bastante grande como para proponerla a los pueblos en lugar de la idolatría totalitaria.³³

Y poco más adelante:

Una civilización constituida por una espiritualidad del trabajo sería el mayor grado de arraigo del hombre en el universo, y por ende lo contrario del estado en el que estamos, que consiste en un desarraigo casi total.³⁴

Para hacerse a la idea de lo que supuso su experiencia de trabajo manual de casi un año, es muy significativo lo que escribe en su «Diario de fábrica», y que relata de forma más autobiográfica en la carta que escribe a Joseph Marie Perrin al partir hacia América; la experiencia en la fábrica la dejó, efectivamente, muy herida:

Después de mi año en la fábrica, antes de volver a la enseñanza, mis padres me llevaron a Portugal y los dejé para irme sola a un pueblecito. Tenía el alma y el cuerpo hechos pedazos; el contacto con la desdicha había matado mi juventud. Hasta entonces, no había tenido experiencia de la desgracia, salvo de la mía, que, al ser mía, me parecía de poca importancia y sólo era una desgracia a medias porque era biológica y no social. Sabía que había mucha desgracia en el mundo y me obsesionaba, pero nunca la había constatado con un contacto tan prolongado. Estando en la fábrica, confundida a los ojos de todos y a los míos propios con la masa anónima, la desgracia de los demás entró en mi carne y en mi alma. Nada me separaba de ella, pues había olvidado realmente mi pasado y no esperaba ningún futuro, y no podía siquiera imaginar la posibilidad de sobrevivir a aquellas fatigas. Lo que allí sufrí me marcó de tal manera que, aún hoy, cuando un ser humano, el que sea y en las circunstancias que sean, me habla sin brutalidad, no puedo evitar la impresión de que debe de haber un error y que tal error se disipará, sin duda, desgraciadamente. Recibí en esto y para siempre la marca de la esclavitud como la señal que los romanos ponían con hierro candente en la frente de sus esclavos más despreciados. Y desde entonces me he considerado una esclava.³⁵

Considerando la importancia de comprender y transformar el mundo (desde lo material, que será lo que admire en Marx, aunque le reprochará su ceguera ante la dimensión espiritual del ser humano), Simone Weil propone un ejercicio de *lectura* de la realidad, hecho a base de atención y de compasión; de ahí su experiencia de la fábrica, pero también su vivencia cotidiana hecha toda ella a base de encuentros personales. Esta vivencia directa de lo real, en la que presta especial atención a uno de sus aspectos más incomprensibles, el de la desgracia, es equiparable a experimentar la *necesidad* en toda su crudeza, sin decorados ni rodeos especulativos que le resten verdad; y será lo que proporcione a la pensadora acceso a la entraña religiosa de lo real, una dimensión que

³³ WEIL, S., *L'Enracinement*, *op. cit.*, p. 189.

³⁴ *Ibid.*, pp. 191-192.

³⁵ WEIL, S., *Attente de Dieu*, *op. cit.*, pp. 41-42.

durante la mayor parte de su vida le resultó ajena³⁶, pero que llegó a vivir con una profundidad impresionante y auspiciada por la gracia. Se puede afirmar que la autora experimentó realmente la *religación*³⁷ como fruto de su atención permanente a lo real. En esta experiencia conoció vivencias místicas puntuales, de las que habla en sus escritos. Remito, por ejemplo, a la citada carta a Joseph Marie Perrin “Autobiographie spirituelle”, en *Attente de Dieu —A la espera de Dios*, en español, donde figura simplemente como “Autobiografía”— o a la «lettre a Joë Bousquet», en la selección de sus *Oeuvres* (colección Cuarto de la editorial Gallimard, París, 1999).

Desde su experiencia profunda de lo sobrenatural, Simone Weil llega a la conclusión de que hace falta una santidad especial, que es la que exige el momento presente; una santidad sin precedentes³⁸. Tal santidad la considera estrechamente ligada a una espiritualidad del trabajo, tema muy presente en sus últimos escritos: «El trabajo perfectamente bien hecho, sin estimulante, tal vez podría ser una forma de santidad»³⁹. Y consiste fundamentalmente en echar raíces entre los seres humanos, en el suelo del mundo, pero con el corazón y la mirada puestos en lo sobrenatural y con un deseo ardiente de la gracia que sólo puede proceder de lo alto. Estas palabras de Robert Chenavier, principal estudioso del tema del trabajo en Simone Weil, resumen esta idea con bastante claridad: «Haciéndose materia por el trabajo, el hombre es consagrado como punto de apoyo que permite a Dios actuar en el mundo. Esto hace del trabajo un sacramento, y ahí está toda su virtud descreadora. El “yo” ya no opone resistencia ni a la necesidad ni a Dios. Es pura obediencia consentida a una y a Otro»⁴⁰.

³⁶ Así escribía a J. M. Perrin en 1942: «Puedo decir que, en toda mi vida, jamás, en ningún momento, he buscado a Dios. Quizás por esa razón, sin duda demasiado subjetiva, es ésa una expresión que no me gusta y que me parece falsa. En la adolescencia pensaba que carecíamos de los datos necesarios para resolver el problema de Dios y que la única forma segura de no resolverlo mal, lo que me parecía el peor de los males, era no plantearlo, así que no me lo planteaba. No afirmaba ni negaba. Resolverlo me parecía inútil, pues pensaba que lo importante, puesto que estamos en este mundo, era adoptar la mejor actitud posible respecto a los problemas de este mundo. Y esto no dependía del problema de Dios». WEIL, S., *Attente de Dieu*, *op. cit.*, pp. 36-37.

³⁷ «La inteligencia es, pues, primariamente, versión a la realidad en cuanto realidad», escribe J. L. López Aranguren, interpretando a Zubiri, en *Ética (Obras completas, vol. 2)*, Trotta, Madrid, 1994, p. 207). Sobre el concepto de *religación*, véase ZUBIRI, X., *Sobre el hombre* (Alianza editorial/Fundación X. Zubiri, Madrid, 1986), y *Naturaleza, Historia, Dios* (Alianza editorial/Sociedad de estudios y publicaciones, Madrid, 1987).

³⁸ WEIL, S., *Attente de Dieu*, *op. cit.*, p. 81. «Vivimos en una época sin precedentes; la universalidad que antaño podía estar implícita debe quedar plenamente explícita en la situación actual. Debe impregnar el lenguaje y toda la manera de ser. Ser un santo, hoy ya no significa nada; es precisa la santidad que el momento presente exige, una santidad nueva, también sin precedentes».

³⁹ WEIL, S., «Cahier V», *Œuvres complètes VI*, vol. 2, *op. cit.*, p. 237.

⁴⁰ CHENAVER, R., *Simone Weil. Une philosophie du travail*, Éditions du Cerf, París, 2001, p. 588.

CONCLUSIÓN

En sus extensas reflexiones sobre la civilización, lo que Simone Weil lleva a cabo es, ante todo, una lectura atenta de la realidad, a la que llega desde un deseo profundo de verdad que la habitó desde muy joven, y a través de un ejercicio esmerado y riguroso del pensamiento; esta ejercitación de lo intelectual llega a presentarla como lo que define su propia vocación⁴¹. En Simone Weil, realidad y verdad están estrechamente ligadas, y así lo escribe en *L'Enracinement*: «Una verdad es siempre la verdad de algo. La verdad es la eclosión de la realidad. El objeto del amor no es la verdad, sino la realidad. Desear la verdad es desear un contacto directo con la realidad»⁴².

Y es en la entraña de esta realidad, su gran referente, donde encuentra Simone Weil la semilla de lo sobrenatural como el diminuto grano de mostaza de la parábola evangélica: lo *infinitamente pequeño*, como le gustaba decir a ella. Por eso, la autora, que es cristiana de raíz, o, si se quiere —pues optó por no recibir el bautismo—, profundamente *crística*, encuentra en lo real toda una simbología de la Cruz. Simone Weil reclama por experiencia propia una mediación de Cristo como símbolo principal y cima de esta espiritualidad basada en el trabajo, al tiempo que descubre en la Cruz una simbología universal: «No hay, no puede haber, en el terreno que sea, ninguna actividad humana que no tenga por suprema y secreta verdad la Cruz de Cristo. Ninguna puede separarse de la Cruz de Cristo sin pudrirse o secarse como un sarmiento cortado»⁴³.

La noción de necesidad como materia común del arte, de la ciencia y de toda especie de trabajo es la puerta por la que puede entrar el cristianismo en la vida profana y penetrarla de parte a parte. Porque la Cruz es la misma necesidad puesta en contacto con lo más bajo y lo más alto de nosotros mismos: con la sensibilidad carnal por la evocación del sufrimiento físico, con el amor sobrenatural, por la presencia de Dios. En consecuencia, quedan implicados toda la variedad de contactos que las partes intermedias de nuestro ser pueden tener con la necesidad.⁴⁴

La verdadera respuesta a este exceso de amor divino consiste en la aceptación de la desgracia y del dolor, y, en última instancia y como culmen de lo anterior, de la muerte. Y en relación con el trabajo, vinculado a una aceptación *obediente* de la necesidad, dirá: «Trabajo: movimiento descendente. El hombre debe hacerse cosa para que la cosa se haga energía humana. (Igual que Dios se hace hombre para que el hombre se haga Dios...)»⁴⁵. La *descreación* de Dios y la aceptación de la necesidad por parte del hombre, como consecuencia metafísica del gran acto divino de humildad, son los dos polos de su metafísica reli-

⁴¹ WEIL, S., *Attente de Dieu*, op. cit., p. 65.

⁴² WEIL, S., *L'Enracinement*, op. cit., p. 319.

⁴³ WEIL, S., *Pensées sans ordre concernant l'amour de Dieu*, Gallimard, París, 1962, p. 126.

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ WEIL, S., *Œuvres complètes*, VI, vol. 2, *Cahiers*, p. 37.

giosa⁴⁶, en la que está muy presente la experiencia de la desdicha precisamente por sus vínculos con la creación.

El trabajo se vislumbra, así, como lugar de santificación cotidiana, que es donde para Simone Weil radica la grandeza de su virtud. Promover una espiritualidad del trabajo no es sino prestar atención a esta forma de santidad y tratar de llevarla a cabo; una santidad que no consiste en separarse del mundo y de los hombres, sino precisamente en lo contrario, en arraigar entre los seres humanos, mirando sobre todo a los más desdichados, con los ojos del alma puestos en lo sobrenatural, y con un deseo ardiente de recibir la gracia.

¿Qué le falta, pues, a esta civilización tan similar a la que perecía en aquella crisis terrible que llevó a la Segunda Guerra mundial? La entraña espiritual, diría Simone Weil; reconocer el carácter sagrado del ser humano, su dignidad, su valor absoluto. Le falta el cultivo de la vida interior, en un mundo completamente volcado hacia afuera, preso de tantas externidades. A las personas de hoy nos falta, en definitiva, vaciar nuestra alma «para que puedan entrar en ella los pensamientos de la sabiduría eterna»⁴⁷.

BIBLIOGRAFÍA

Ápeiron. Estudios de Filosofía, *Simone Weil. Pensar con un acento nuevo*, nº 5, octubre 2016.

Aranguren, J. L. López, *Ética*, en *Obras completas*, vol. 2, Trotta, Madrid, 1994.

Canciani, D., *L'intelligence et l'amour. Réflexion religieuse et expérience mystique chez Simone Weil*, Beauchesne, París, 2000.

Chenavier, R., *Simone Weil. Une philosophie du travail*, Cerf, París, 2001.

Chenavier, R., *Simone Weil. La atención a lo real*, Fundación E. Mounier (colección Persona nº 49), Madrid, 1914, traducción de Alejandro del Río Herrmann.

Pétrement, S., *La vie de Simone Weil*, Fayard, París, 1997².

Steffens, M., *Les Besoins de l'âme*, Folioplus philosophie, París, 2007.

Vetö, M., *La métaphysique religieuse de Simone Weil*, L'Harmattan, París, 1997.

Weil, S., *Œuvres complètes*, tome I, *Premiers écrits philosophiques*, Gallimard, París, 1988.

Weil, S., *Œuvres complètes*, tome II, *Écrits historiques et politiques*, vol. 1: «L'engagement syndical», Gallimard, París, 1988.

Weil, S., *Œuvres complètes*, tome II, *Écrits historiques et politiques*, vol. 2: «L'expérience ouvrière et l'adieu à la révolution», Gallimard, París, 1991.

Weil, S., *Œuvres complètes*, tome II, *Écrits historiques et politiques*, vol. 3: «Vers la guerre (1937-1940)» Gallimard, París, 1989.

Weil, S., *Œuvres complètes*, tome IV, *Écrits de Marseille*, vol. 1, Gallimard, París, 2008.

Weil, S., *Œuvres complètes*, tome IV, *Écrits de Marseille*, vol. 2, Gallimard, París, 2009.

Weil, S., *Œuvres complètes*, tome V, *Écrits de New York et de Londres*, vol.1: «Questions politiques et religieuses», Gallimard, París, 2019.

⁴⁶ VETÖ, M., *La métaphysique religieuse de Simone Weil*, L'Harmattan, París, 1997.

⁴⁷ WEIL, S., *L'Enracinement*, op. cit., p. 353.

- Weil, S., *Œuvres complètes*, tome V, *Écrits de New York et de Londres*, vol. 2: «L'Enracinement», Gallimard, Paris, 2013.
- Weil, S., *Œuvres complètes*, tome VI, *Cahiers*, vol. 1, Gallimard, Paris, 1994. En español: *Cuadernos*, Trotta, Madrid, 2001. (Traducción de Carlos Ortega).
- Weil, S., *Œuvres complètes*, tome VI, *Cahiers*, vol. 2, Gallimard, Paris, 1997. En español: *Cuadernos*, Trotta, Madrid, 2001. Traducción de Carlos Ortega.
- Weil, S., *Œuvres complètes*, tome VI, *Cahiers*, vol. 3, Gallimard, Paris, 2001. En español: *Cuadernos*, Trotta, Madrid, 2001. (Traducción de Carlos Ortega).
- Weil, S., *Œuvres complètes*, tome VI, *Cahiers*, vol. 4, Gallimard, Paris, 2006. En español: *Cuadernos*, Trotta, Madrid, 2001. (Traducción de Carlos Ortega).
- Weil, S., *Œuvres complètes*, tome VII, *Correspondance familiale*, vol. 1 Gallimard, Paris, 2013.
- (Están previstos 16 volúmenes de Obras completas, de los que han aparecido trece).
- Weil, S., *Attente de Dieu*, Fayard, Paris, 1966. En español: *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid, 1993. (Traducción de M. Tabuyo y A. López).
- Weil, S., *Réflexions sur les causes de la liberté et l'oppression sociale*, Gallimard, col. Idées. París, 1955. En español: *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, Trotta, Madrid, 2015. (Traducción de Carmen Revilla).
- Weil, S., *Écrits de Londres et dernières lettres*, Gallimard, col. Espoir, Paris, 1957. En español: *Escritos de Londres y últimas cartas*, Trotta, Madrid, 2000. (Traducción de M. Larrauri).
- Weil, S., *Oppression et liberté*, Gallimard, Paris, 1955⁷.
- Weil, S., *Pensées sans ordre concernant l'amour de Dieu*, Gallimard, París, 1962. En español: *Pensamientos desordenados*, Trotta, Madrid, 1995. (Traducción de M. Tabuyo y A. López).
- Weil, S., *Œuvres*, Quarto, Gallimard, Paris, 1999.
- Zubiri, X., *Sobre el hombre*, Alianza editorial/Fundación X. Zubiri, Madrid, 1986.
- Zubiri, X., *Naturaleza, Historia, Dios*, Alianza editorial/Sociedad de estudios y publicaciones, Madrid, 1987⁹.

Universidad San Jorge.
Villanueva de Gállego, Zaragoza
mcherrando@usj.es

CARMEN HERRANDO CUGOTA

[Artículo aprobado para publicación en enero de 2018]⁴⁸

⁴⁸ Revisado con posterioridad para su publicación